

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 28 de Diciembre de 1933

Núm. 555

## Ahora, más que nunca

Quienes se figuraron que la victoria electoral era remedio absoluto para las dolencias y males que padece España habrán advertido, con los sucesos ocurridos recientemente, que el problema que se ofrece a los españoles es mucho más tremendo de los que algunos se suponían.

Dos años deshaciendo la nación, de quebrantar sus resistencias, de descomponer sus organizaciones, no pueden rectificarse con una victoria electoral. La subversión ha calado muy hondo; el espíritu sedicioso se ha extendido y de él están intoxicados núcleos enormes, no sólo de obreros, sino de otra clase de personas que hasta ahora parecían inmunizadas al contagio de las doctrinas disolventes.

Hay anarquistas donde nunca lo hubo: en oficinas del Estado, en Bancos y en empresas particulares que viven ajenas al peligro: unas por indiferencia, otras porque les parece de buen tono el transigir con la revolución, sin acordarse de que con la revolución no se pacta. O se la domina o se acaba devorado por ella.

Observemos cómo pueblos del Norte, que parecían amurallados contra las propagandas corrosivas, han sido focos de anarquía, y que en regiones enteras como las de Aragón la organización sediciosa había ido comprometiendo para la asonada hasta los pueblos insignificantes.

Si, el mal ha ganado en profundidad y en extensión. Y es que no se hacen impunemente las propagandas que excitan al exterminio de la sociedad. Un día y otro millares de hojas periodísticas y de folietos procuran elevar la calentura revolucionaria en cerebros primarios, ofreciéndoles las delicias de la Arcadia y describiendo a la sociedad constituida como un instrumento de tortura.

En la misma hoja en la que se ordenaba por la Confederación Nacional del Trabajo la huelga revolucionaria se escribieron atrocidades como estas para enloquecer a los pobres ignorantes que tenían que servir de carne de metralla.

«La clase trabajadora española, sin distinción de ideologías, borrando de una vez pequeñas diferencias, se ha levantado revolucionariamente, con un único y concreto fin: el de aplastar para siempre la reacción y el foscio, francamente dueño del Poder político, como lo demuestra la constitución de las actuales Cortes, en las cuales tienen preponderancia absoluta las derechas, que son en definitiva dictadura militar y seso de horca.»

El porvenir de las libertades ciudadanas, los derechos de la clase trabajadora, el progreso y la cultura de clases humildes, van a ser destruidas de una manera bárbara y sanguinaria.

Se pretende por esta partida de forajidos, encaramados en el Poder, terminar con toda la prensa liberal y obrera que mar en la plaza pública las bibliotecas y todo lo que signifique progreso y



Conjunto de lana gruesa, adornado con zorro

libertad humana, militarizar el trabajo, sin derechos de asociación, ni de huelga, asesinar impunemente a todas aquellas personas de la clase y de la ideología que sean que no se subyuguen a los mandatos de este grupo de militares monárquicos y capitalistas fascistas.»

Así se les engaña, y así se les enloquece y predisponen para todas las ferocidades.

No es esto sólo: en los mismos periódicos revolucionarios se ha exaltado el crimen y la destrucción como medios racionales y legítimos para el triunfo, y se han publicado las fórmulas para fabricar explosivos, con lo cual, como se ha visto, han podido acumular montañas de bombas, mientras la sociedad cuyo aniquilamiento se maquinaba, parecía indiferente, con una negligencia suicida.

El alabanzazo que la anarquía ha dado con golpes tan recios invita a todos los españoles que no hayan perdido el instinto de conservación, a meditar seriamente sobre el futuro de la Patria y a estudiar los medios de profilaxis y defensas contra un mal cuyo proceso y cuyo final se conoce.

La victoria electoral está bien; pero

será un inconsciente y un suicida todo aquel que crea que por ello la partida está concluida y ganada.

Una buena política es el camino; pero esta buena política por sí sola no es bastante si no la acompaña la colaboración decidida de los españoles, que por una labor tenaz, constante, sin desfallecimientos, procuren el rescate de tantas almas ganadas por la anarquía y por la revolución.

Hoy más que nunca urge intensificar el esfuerzo; no hay zona de actividad política y social que olvidar. A todas ellas ha llegado, como ya lo hemos visto, el contagio; todas necesitan de la labor depuradora.

Si el triunfo no lo cimentamos con esta obra política y social será como si hubiéramos edificado en el vacío.

Y no perdamos de vista que en la empresa se juega, no sólo el porvenir de España, sino la propia vida.

Ahora, pues, hay que insistir, más que nunca, en el empeño en favor de España.

No olvidemos estas lecciones, porque la tenacidad del adversario es satánica. Observemos cómo se reproducen sus intentos, sin que la represión o el

castigo los amilane ni detenga. Como, metódicamente, respondiendo a un plan y a una intención que no desfallece, repiten sus golpes cada vez más fuertes y cada vez más extensos.

Tengamos por seguro, y no nos engañaremos, que a la hora de haber sofocado la autoridad el último chispazo habrán comenzado la preparación del próximo movimiento revolucionario. Que habrán vuelto a preparar sus bombas y a maquinarse sus infernales planes de destrucción.

Que cada uno, en el radio de acción que le corresponde, procure derrotar a la anarquía.

(De «Ellas».)



Vestido de seda natural color verde chartreuse, adornado con jours

## La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Diciembre de 1933.

La vida del gran mundo oficial ha culminado esta última semana con la visita de los simpáticos soberanos de Bélgica a París, en viaje casi de incógnito, pero con todo el relieve merecido a tan augustos personajes. La reunión social de mayor interés mundano, por la selecta concurrencia que ha tenido, ha sido indudablemente la «soirée» que en beneficio de la escuela de jóvenes rusas organizó la princesa Teodora de Rusia, fiesta celebrada en los magníficos salones de M. Lucien Leong, para la cual se contó con el concurso de personalidades de tanto prestigio en las esferas intelectuales como madame Colette y el célebre pianista Anatole Kitain. La sociedad elegante parisiense y extranjera se ha dado cita últimamente para visitar una exposición de pintura de alto interés artístico, abierta en la galería de la Gaceta de Bellas Artes. En la linda sala se exhiben cuadros de una finura exquisita, que revelan un extraordinario sentido plástico de suma modernidad, obras debidas al delicado pincel de

una dama, una gran dama aristocrática y excelente artista, la pintora inglesa lady Diana Abdy. Entre las telas que esta fina artista exhibe al público parisiense nos han dejado un recuerdo gratísimo su auto-retrato en compañía de su noble esposo, titulado sencillamente: retrato de familia; como asimismo varios de damas aristocráticas inglesas y francesas, el de Paul Valéry, y una colección de paisajes tan finos y de suave entonación, que hacen recordar a los mejores paisajistas franceses, destacando una delicada nota del jardín de Saint-Germain, por sus líneas sobrias y su colorido de gama deliciosa.

El peinado ha variado bastante desde el verano a esta fecha. Cada día se acentúa más la tendencia a dejar el pelo bastante largo, en la parte de la nuca. Se lleva arreglado en varios bucles, recogidos a modo de formar un moño. Ya no se ve una dama elegante con el pelo recortado en la parte de atrás.

Para los abrigos de tarde, sean largos o de tres cuartos, está en pleno apogeo el astracán, que se presta admirablemente para adornar los «manteaux» de lana gruesa y los de terciopelo. Una piel muy en boga esta temporada es la llamada breitschwanz, especialmente para abrigos ajustados al talle o cortitos, y también se lleva mucho la de corderitos con el pelo recortado.

El vestido para las horas de la mañana, mantiene la línea sencilla y amplia. Las faldas cubren hasta la pantorrilla y por lo general son de corte muy recto. Las chaquetas son largas o cortas, adornadas con piel en las vueltas de las mangas y en el cuello. El vestido de mañana generalmente se lleva con blusa de color vivo o mate, de seda natural o de terciopelo; si se trata de toaletas de aspecto deportivo predominan los tejidos gruesos, escoceses, con rayas diagonales o a cuadros, y se lleva la falda acompañada con un «sweater» de lana combinada en dos o tres colores. También se acompañan estos vestidos con una echarpe realizada en la misma tela del traje o del mismo tejido del «sweater», y el bolso y los guantes también deben ser de la misma tela o tejido.

Ultimamente hemos visto algunos vestidos de mañana verdaderamente elegantes. Recordamos especialmente uno muy original de lanilla a cuadros, gris plata y azul oscuro; la chaqueta era muy amplia, en forma ranglán, sin mangas, pues las manos salían graciosamente por una cortadura hecha en los lados del chaquetón un poco más abajo del codo.

El traje de tarde para ir de visitas, asistir a un té, a una partida de bridge o a un cóctel elegante, se impone que sea bastante largo, con lo cual no queremos decir que deba ser enteramente largo como el vestido para la noche, sino de una altura que permita ver los tobillos. En una aristocrática reunión vimos un vestido precioso confeccionado con djalep negro, adornado con breitschwanz, que daba una exquisita distinción a la silueta. Otro muy bonito era de seda natural de «surah», color castaño, sembrado con lunares blancos y completado con una linda blusa de otomán blanco.

El otomán de seda se ha puesto muy en boga. Se ve mucho una fabricación gruesa, de color negro, azul, gris, blanco y pardusco. Se presta admirablemente para blusas, pecheras, túnicas y vestidos de tarde y combina muy bien con el zorro plateado.

A. D'ENERY

Hablemos de los guantes

París, Diciembre, 1935.

Son en verdad los guantes unos breves administrativos de suma importancia personal, pues unen a la comodidad, la exquisita elegancia que imprimen al conjunto de nuestro vestuario. Hoy y siempre, toda persona bien vestida, damas o caballeros, nunca abandonan el uso de los guantes.

Desde los tiempos más remotos se registra en la historia de la humanidad la costumbre de calzar las manos con esta prenda. Por los descubrimientos realmente portentosos realizados en estos últimos lustros en la fastuosa tumba del faraón Tutankhamen, que reinó en Egipto mil trescientos cincuenta años antes de Cristo, sabemos que la industria del guante estaba muy perfeccionada en aquel lejano imperio, asimismo, de los tiempos heroicos de la Grecia clásica tenemos conocimiento de esta particularidad, pues el glorioso Homero menciona los guantes en pasajes de la Odisea, principalmente cuando hace relación del regreso de Ulises, después de muy prolongada ausencia de su querido hogar, donde encontró a su padre trabajando en el jardín familiar con guantes puestos en las manos. Este pasaje del poema homérico nos revela que no es un refinamiento de nuestro siglo el usar guantes para los trabajos domésticos, pues los griegos primitivos ya se cuidaban las manos en estos menesteres, cubriéndolas con guantes muy prácticos. El famoso y satírico Jenofonte criticó a los persas el excesivo uso de esta prenda, pues parece que los refinados cortesanos de Ciro y Darío, abusaban ostensiblemente de la costumbre de llevar guantes, los cuales eran de ricás y perfumadas pieles y telas, bordados con piedras preciosas e hilos de oro.

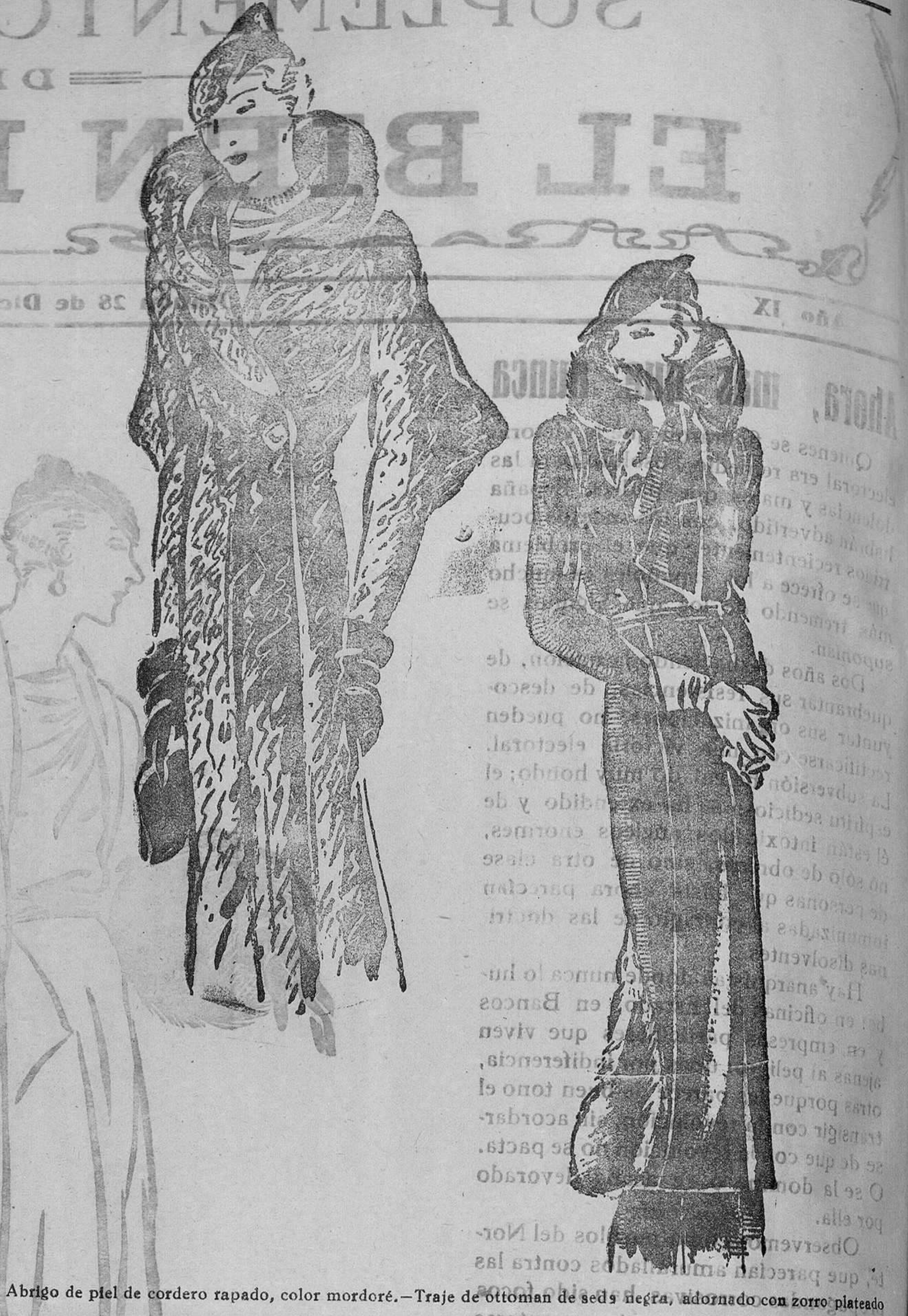
En los tiempos del incomparable luchador Alajandro el Grande, se sabe que Anazarchus, como medida higiénica, implantó la costumbre de que sus criados sirviesen en la mesa con las manos enguantadas.

Después los romanos fueron extendiendo la moda de los guantes en todo su dilatado imperio, y sus emperadores, cónsules, senadores, generales y aun el mismo pueblo adoptaron la buena costumbre de calzar las manos. Y en la edad media se adoptaron para la guerra unos fuertes guantes o manoplas de acero para acudir a los combates, las justas cabalerescas y los grandes torneos que celebraban los nobles en honor de príncipes y magnates.

En la Iglesia se adoptó desde antiguo el uso de los guantes para los obispos, cardenales y papas, pero se considera irrespetuoso su uso a los fieles, durante las ceremonias del culto.

Desde el Renacimiento a nuestros días la boga de los guantes nunca ha decaído, y la etiqueta o urbanidad también se ha ocupado de estudiar las particularidades que en ciertas ocasiones se deben observar en cuanto a su uso se refiere. Los alemanes escribieron a principios del siglo XVII un prolijo libro dedicado a los guantes, su uso y las reglas que deben seguirse para llevarlos puestos o quitados.

Ya sabemos que arrojar el guante al rostro de un caballero significa que se le reta a desafío en el campo del honor. Cuando una persona de elevada situación jerárquica recibe a un visitante sin los guantes puestos, es signo de gran deferencia y simpatía por el visitante. Así ocurrió cuando Felipe de Hainhofer fué recibido por la duquesa reinante de Baviera en su palacio de



Abrigo de piel de cordero rapado, color mordoré.—Traje de otomán de seda negra, adornado con zorro plateado

Munich, esto el año 1711. La princesa, una vez introducido el visitante, se despojó de los ricos guantes que cubrían sus manos y después dió al caballero la mano desnuda para que éste cortesmente la tocara con sus labios en rendido homenaje.

Los guantes se han perfumado siempre para darles mayor cualidad de agradar, y los más exquisitos perfumes de Arabia se traían especialmente para aromatizar los guantes de las bellas damas de la corte de Carlos I. En un inventario de la casa del emperador realizado en Viena el año 1619, se mencionan cuarenta y cinco pares de guantes perfumados y ocho docenas de guantes españoles, artículo que adquirió gran prestigio en aquellos tiempos. Y así como hoy se estiman los guantes de París, en los siglos XVI y XVII eran preferidos los que se fabricaban en España.

Cuentan que la reina María Antonieta pasó momentos muy amargos por el protocolario uso

de los guantes, por la rigurosa etiqueta que constantemente había que observar en la corte con la operación de sacar o poner los guantes, según la persona que entrara a verla en la cámara regia. Ya, felizmente, todos estos desagradables detalles se han echado al olvido y hoy se llevan los guantes en la calle y en el paseo; en un salón sólo se permite conservarlos puestos a las señoras, nadie los usa para comer y es muy rarísimo que un caballero arroje al rostro de su prójimo el guante con ánimo de batirse en duelo. Mejor que así sea, pues la honra ni se aumenta ni se mengua por estos procedimientos anticuados y sangrientos.

Conserven nuestras lectoras el gusto por los guantes finos, perfumados y suaves que dan un complemento exquisito al atavío.

MISS ANY

Imp. de M. Stites Rotger. P. Pablo Iglesias, 17. Mañón

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRIA

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

No son ya los prejuicios los que me alejan de ella... Tan violento, tan plebiscitario, llega a ser este amor, que ninguno que saltaría por encima de ellos para gozar de mi conquista. Son otras razones de más fuerza. Es Gloria, en primer lugar, novia de un amigo a quien debo en el orden moral, gran número de ternas y delicadas atenciones, sin contar que, como facultativo, es posible que le sea deudor de mi salud, porque es mucho lo que Ardieta ha hecho por devolvérmela con todos los medios que ha hallado a su alcance; y es también, en segundo término, obra acuciada por mis reflexiones, procurando acercamientos e intimidades.

¿Crees tú que el Conde de Fenollar acreditaría la nobleza de sus sentimientos y de su estirpe obrando como

mal caballero y mal amigo, ni que me serviría de disculpa ante hombres de honor aducir como causa de mi conducta el amor loco y desesperado por una mujer?

Realmente, la tentación es demasiado fuerte para quien como yo, dista mucho de parecerse a un varón casto. Tener continuamente al lado a una mujer encantadora por la cual se está perdiendo y no poder decir la verdad y el derecho de decir, créeme, que es un cupulio digno de fuerzas heroicas.

Además de esto hay otra... Yo estoy arruinado o poco menos. Si algo tengo, débolo a la paternal generosidad de Alfonso Róspide.

Gloria es muy rica, puesto que además de la fortuna de su padre, entrará en posesión de la de su madre tan luego como se case o cumpla la mayor edad; esto, sin contar lo que herederá cuando su abuela muera.

Todos, quizá la misma Gloria también, pueden creer que me voy a hacer un casamiento desigual, es denigrante para mí altivez aristocrática, pero si es por amor, hay al menos

un fin elevado y noble que todo lo disculpa. Más creer que vendo mis pergaminos por unos millones, que suabasto mi nombre, que cotoz las pocas condiciones que Dios me ha dado por unos montones de pesetas... ¡Eso no tendría atenuantes ni perdón! Pero lo más grave aquí, la verdadera cuestión de conciencia está—caso de que mi matrimonio con ella pudiese ser un hecho—en mi falta de salud. Los médicos de París dijeron que yo estaba tuberculoso, porque, tuve una hemoptisis. Trasladado aquí, ésta no ha vuelto a repetirse. Los accesos de tos han desaparecido en absoluto, me encuentro fuerte y sano como en mis tiempos de mayor salud, y Ardieta dice, que de toda la miseria física que traje de París, no me queda más que la neurastenia.

Pero esto, ¿será definitivo, o volveré a recaer cuando salga del régimen estricto, al cual vivo sujeto...? ¿Cómo me había de atrever yo, hasta no tener la absoluta certidumbre de una salud completa, a hablarle de amor a esa criatura?

He aquí la situación extraña y casi novelesca en que me hallo colocado.

Querría aparecer fino y sereno delante de ella, pero sólo algunas veces puedo conseguirlo y tengo miedo de que ella se dé cuenta de mi pasión.

Lo extraño, lo nuevo de mi situación actual, es que no vivo desesperado como lógicamente debería estarlo ante un amor tan sin esperanza. Hay, por el contrario, en mi alma, un remanso de conformidad y de resignación que me ayuda a vivir. Quizá más tarde, cuando Gloria sea ya la prometida de Ardieta, no podré sufrir la vida junto a ellos viéndoles amarse y entregado yo al suplicio de Tantalo. Más para entonces, ya estaré curado y me marcharé otra vez en brazos de mi suerte. Saldré de Fenollar como entré. ¿Pesará acaso esa maldición sobre mí vida?

Alguna vez siento cruzar los celos por el azul tranquilo de esta vida, tan igual, en la cual se suceden los días y las noches con una melancólica semejanza. Y esos celos ridículos y pueriles, semejan pájaros siniestros, devoradores de la tranquilidad y la alegría... Por la tarde, sobre todo cuando Ardieta viene, tengo un momento negro al verle entrar con aquella seguri-

dad feliz del que se siente esperado, en el recinto donde ella, sentada junto a la vidriera, ha hecho labor atisbando a la vez su venida.

—¡A mí no me esperará nunca la novela—pienso desolado, entristecido. Tenemos un rato de conversación general. Ella, sin moverse de su sitio, él, sentado frente a mí, y soy yo quien, compadecido de ambos, corto la tirantez de la situación embarazosa, cogiendo distraídamente un libro, en el que finjo leer con tan grande interés, que Ardieta se aparta con suavidad de mi lado, para sentarse junto a ella en dulce entretenimiento de amorosa charla... Esa charla que me muere rabiosa, con implacable furor, y me llega hasta las entrañas.

Dura aquel tormento una hora. Yo no me entero de lo que el libro cuenta. A solas, sufro y pienso cosas amarguissimas... Algunos días, llevo a aborrecer a Ardieta mientras dura el co-loquio; pero ya, cuando de noche se levanta para marcharse, siento como si me arrancasen de encima un maleficio, veoluz y resplandores en el salón a oscuras, vuelvo a querer al amigo en quien cesa, al marcharse, el ri-